XI

POLICARPA SALABARRIETA

(1817)

En uno de los últimos meses del año de 1817 mientras Bolívar bregaba penosamente en Angostura, entre riesgos de muerte (1), defecciones y amarguras (2), en tanto que se ocupaba en sentar las bases para la administración de la República (3), la ciudad de Santa Fe, dominada por los españoles, contemplaba con asombro el fusilamiento de una mujer, ejecutada por la espalda, en presencia del prometido de su corazón, sobre un patíbulo alzado en la plaza Mayor, y después de haber sido cínicamente juzgada en un consejo de guerra.

Merece referirse ese episodio, que da la medida de la calamidad de aquellos tiempos y puso el sello á la

(1) El día de *Casacoima*.

(2) La rebelión y consiguiente fusilamiento del bravo cuanto infortunado general Piar.

(3) La fundación del Consejo de Estado.

ferocidad del sanguinario Sámano, virrey entonces de la Nueva Granada.

Antes diremos que las mujeres americanas representaron un papel importante en la guerra de la Independencia. En casa de una de ellas—Manuela Cañizares—tuvo cuna la revolución del 10 de Agosto; otra, quiteña asimismo—Manuela Sáenz—salvó al Libertador en la noche infausta del 25 de Septiembre; otras tomaron parte en los combates, y no pocas sucumbieron á manos de los implacables opresores.

«Ya desde muy al principio de la guerra se había visto con horror que las armas de Boves, Lizón y otros candillos españoles se ejercitaban no sólo contra los valientes defensores de la Independencia, sino también contra el sexo amoroso y débil, digno siempre de estimación y de respeto. La señora Merced Ábrego, natural de Cúcuta, acusada de haber bordado un uniforme de brigadier para el general Bolívar, fué decapitada por Lizón, *después de haber echado suertes entre los suyos para saber á quién tocaría la feliz ventura de cortarle la cabeza.* A la señora Josefa Figueras, de Barcelona, la asesinó Morales, pagándole de este modo 200 pesos que le debía. Boves mató á Carmen Mercié, en Cumaná, complaciéndose de las convulsiones del feto que llevaba en su seno, que se extinguía sin haber vivido!... Otros hechos menos crueles, pero indignos, se recuerdan de Aldama y de Morillo. El primero hizo azotar públicamente en las calles de Cumaná á la señora Leonor Guerra, porque se negaba á decir lo que el déspota deseaba. El segundo despidió de su presencia con voces groseras y gritos descompasados más de 300 señoras de las principales de Bogotá, que en cuerpo fueron á implorar gracia para

sus hijos, esposos y hermanos!... Pero, en fin, no se había levantado todavía un patíbulo para ver morir en él á una mujer, y podía decirse que aquellos desafueros, y aquella sangre inocente, sin piedad vertida, tormentos que no merecieron la consagración funesta del cadalso, eran las obras de exterminio de una guerra sin lástima que derramaba la calamidad por todas partes!...» (1).

Era joven, era bella, era pura, y se llamaba Policarpa Salabarrieta.

En un cuerpo elegante y garrido abrigaba un espíritu varonil, una grande alma de heroína.

Veía la lucha tan desigual como tenaz que sostenían sus compatriotas para libertar el suelo nativo de un yugo tres veces secular, y llegó á interesarse en la contienda, sintiendo estremecerse su ser de entusiasmo cívico.

Presenciaba las abominaciones y los crímenes que perpetraban los sostenedores de la causa extranjera, convertidos en verdugos y hienas, y llegó á aborrecerlos.

En aquella virgen bogotana había un embrión de Juana de Arco: mitad heroísmo, mitad vocación al martirio.

Pero había más aún: había el amor, pasión generosa que, cuando es honesta y bien encaminada, conduce á todas las abnegaciones y á todos los sacrificios.

Alejo Savarain era el nombre de un valiente joven que militara como oficial en los ejércitos de la República, y que luego fué obligado á servir como soldado en las filas realistas.

---

(1) LARRAZÁBAL.

Este era el amado de la hermosa, á quien él correspondía con afecto intenso y puro.

Su unión estaba próxima, y si ardía plácido el fuego del cariño entre los dos, en un horizonte no lejano les sonreía la divina esperanza.

Ellos no sabían que la muerte les acechaba más cerca.

No iban tan bien aquel año las cosas de la Patria, y en la brumosa lejanía no se adivinaba aún el astro glorioso de Boyacá.

Sobraba valor, es verdad; sobraban constancia en el peligro y fe en el triunfo. Lo único que faltaba era fortuna. Bien podía decirse que la Patria estaba reducida al pedazo de tierra que hollaban los soldados de la Libertad.

Pero Bolívar vivía, Bolívar batallaba, y el Genio de la Independencia era su compañero en los días de victoria y en las amargas horas de la derrota.

El general Morillo, venido de España con las huestes vencedoras en Bailén y la misión de pacificar las insurreccionadas colonias, había conseguido su intento; y Venezuela y Nueva Granada estaban reducidas y deshecho el andamiaje laboriosamente fabricado con riego de sangre y esfuerzos de cíclopes para establecer la República.

Pero la llama existía latente, y bien pronto lo iba á consumir todo.

Comenzaron los actos de prueba en el oprimido virreinato en forma de pequeños movimientos.

De súbito se supo en la capital que el fogoso y patriota dominico Fray Ignacio Mariño se había insurreccionado en Casanare, proclamando la Independencia, al frente de un puñado de hombres arrojados, y que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

en el Cauca y en el Socorro se habían levantado otras partidas.

Morillo tenía 10.000 hombres aguerridos, ¡y algunos centenares, sin más recursos que su valor, se alzaban provocándole!

Bastó la noticia para que muchos ciudadanos que no podían ya con una situación que les desesperaba, corriesen á unirse con las diminutas fuerzas independientes.

—Anda, amigo mío—le dijo Policarpa á su novio, cuando supo el movimiento efectuado—. Anda á combatir por la libertad y por la Patria, y cuando vuelvas... vuelve digno de mí. Yo aquí te espero, y sean tus hechos de valiente las arras que, entonces, me des de nuestro enlace.

¿Quién puede resistir á la voz querida que nos impone el deber de servir como buenos al suelo en que nacimos y á la felicidad de nuestros hermanos?

Savarain palpitó de entusiasmo y juró partir.

—Los que se han levantado son pocos—agregó ella—. ¡Si pudieras ir acompañado! ¡Si pudieras llevarte á tus amigos!

—Tengo varios que sólo esperan el momento oportuno—contestó Alejo.

—Está bien. Diles que ese momento ha llegado; que se apresten. Por lo demás, no tengas cuidado, que yo lo prepararé todo para vuestra partida. Todo... y algo más. Vuelve.

Alejo volvió con otros siete, de los cuales cinco eran militares.

Policarpa cumplió su promesa: lo tenía preparado todo... y algo más.

Este *algo más* les perdió á todos.

¿Qué era?

Nunca se supo cómo; pero lo cierto es que la valerosa mujer había conseguido datos exactos de las fuerzas que los realistas tenían en la capital y en las provincias vecinas, y se los comunicaba minuciosamente á los jefes de las partidas insurrectas.

Puso los pliegos en manos de Savarain, dióle el abrazo de despedida, y se quedó llorando una ausencia que ella misma provocara.

Savarain fué sorprendido, y encima se le encontraron las fatales cartas.

Y aquí empieza el drama.

Virrey de Nueva Granada era, como hemos dicho, D. Juan Sámano, hombre perverso y de feroces instintos, cuyas manos se habían manchado más de una vez en sangre americana.

Este virrey aprehendió á la Salabarrieta y sepultóla en el fondo de un oscuro calabozo.

Cuanto la astucia y la crueldad pueden inventar para que una desvalida mujer confiese su secreto, todo se puso en práctica contra la encerrada. Mimos, halagos, promesas; amenazas, maltratamientos, sorpresas; emboscadas de jueces, palabras de verdugos: todo fué inútil.

—¿Cómo obtuvisteis tales noticias?

—Porque las averigüé.

—¿Quiénes fueron los averiguados?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabéis?

—No recuerdo de ellos.

—¡Vuestros cómplices! ¿Cuáles son vuestros cómplices?

—No tengo cómplices.

Y luego, la respuesta del silencio, la contestación del desdén, la réplica de la indiferencia... ¡Ah! ¡Era una heroica mujer!

Toda la energía de los oficiales que la juzgaban en consejo de guerra—¡á una pobre mujer!— encalló en la fría resolución que les opuso la víctima.

Y los jueces no se dolieron de tanta juventud y de tanta belleza, y unánimemente la condenaron al último suplicio.

¡Pero de qué manera! Pasada por las armas, en lo alto de un patíbulo afrentoso, por la espalda, como á un vil traidor.

Oyó sin pestañear la sentencia cruel, esbelta y pálida, como en un desafío supremo á su infortunada suerte.

Pero no era ése el último dolor de su corazón.

Su amante debía acompañarla al suplicio y morir con ella, en unión de sus siete compañeros.

¡Crueldad inútil poner una agonía enfrente de otra agonía y convertir para dos corazones que se amaban el patíbulo de los criminales en ara de Himeneo!

¡La posteridad no ha perdonado ni perdonará jamás esta infamia inaudita al tristemente célebre Sámano!

Amaneció el 14 de Noviembre.

Una multitud inmensa llenaba la plaza, en la cual se alzaban los cadalsos. Esa multitud estaba profundamente emocionada, y se advertía la consternación en todos los semblantes.

El cielo estaba gris, la tierra húmeda. Doblaban lentamente las campanas, y por la atmósfera sombría atravesaba un soplo de horror trágico que se perdía en los espacios inmensurables...

A poco apareció la fúnebre procesión.

En medio de una hilera de soldados, marchaban los presos, atadas las manos, el semblante descompuesto, la desolación inmensa en el alma.

Lívida como una flor marchita, suelta sobre los hombros la copiosa cabellera, majestuosa en su andar, humilde y modesta en su compostura, iba la heroína, cuya juventud, belleza é infortunio ablandaban el corazón de los mismos que, máquinas inconscientes del despotismo, la llevaban á la muerte.

Cerca de ella, el infeliz Savarain la miraba tristemente, con lágrimas de piedad y de amor, como pidiéndola perdón de su involuntaria falta, que había acarreado el desastre para ambos.

—¡Bárbaro! No impedirás á lo menos que nuestras cabezas se besen en el cesto—exclamó Hérault de Sechelles, cuando el verdugo se negó á permitir que abrazase á su amigo Dantón, al pie de la guillotina.

Los dos infelices, Alejo y Policarpa, ni este consuelo tenían.

¡Su vida, lo que les restaba de su pobre vida, la habían concentrado en sus ojos, y se miraban... se miraban, como si mutuamente quisieran estamparse para toda la Eternidad!...

Era llegada la hora fatal.

Se ordenan todos; suenan las descargas; suben al cielo los gritos de los ajusticiados; y un sollozo gigantesco, un solo alarido de dolor, de angustia, de desesperada maldición, sale de los pechos de los miles de espectadores que llenan el vasto recinto.

Ni un momento había dejado de asistirle su insólito valor á Policarpa, y murió impávida y serena, asombrando á sus mismos matadores.

Y ahora estaba ahí, despedazadas sus espaldas,

desgarrado su seno de virgen, de bruces contra el suelo empapado en su sangre, desparramada la cabellera, orgullo de sus años juveniles...

—*¡Mi sangre será bien pronto vengada por los libertadores de la Patria!*—había dicho la heroína al salir para el patíbulo.

Su predicción se cumplió.

Queseras del Medio, Vargas, Boyacá, Carabobo, Pichincha, Ayacucho son las flores que crecen sobre la ignorada tumba de la mártir de la Independencia. ¿Qué venganza mayor? ¿Y qué gloria más grande?

. . . . . .

La multitud se retiró entristecida. Por todas partes se oían llantos desolados, y hasta los mismos verdugos llegaron á tener vergüenza de su acción inhumana y detestable.

Los cadáveres permanecieron hasta la noche en el lugar del suplicio.

Caía la sombra: un hosco silencio reinaba en la atónita ciudad, y por la atmósfera entenebrecida cruzaba un soplo de horror trágico que se perdía en los espacios inmensurables... (1).

(1) Es sabido que con el nombre y apellido de la infortunada heroína se compuso el siguiente anagrama:

YACE POR SALVAR LA PATRIA.

XII

LA CASA FUERTE

(1817)

Hay Junta de jefes en el cuartel general del caudillo de las fuerzas de Oriente, el intrépido Santiago Mariño, situado en las sabanas de Cautaro. Estamos á comienzos del año de gracia de 1817. Se trata de una grave cuestión. En el campamento se ha presentado un mensajero de Bolívar, y ha entregado á Mariño un pliego urgente del Libertador.

Este, habiendo salido de Margarita, libre ya merced á la heroicidad de Arismendi y la abnegación de sus habitantes, se ha dirigido á Barcelona, ocupada por el general insular y 400 soldados patriotas. Apenas 300 hombres más ha logrado reunir á costa de grandes esfuerzos, y con esa pequeña tropa ha abierto la campaña, la cual ha comenzado, para los independientes, con la derrota de Clarines, donde perdieron la mayor parte de sus fuerzas, armas y pertrechos. Mohinos y vencidos, hanse vuelto los restos de la expedición á